

LOS JILGUEROS Y EL ABETO PARTE III

Palabra clave: Equilibrio

Nuestra historia anterior contó cómo los espíritus del aire, el agua y el fuego causaron una tormenta tan fuerte que el hermoso abeto del parque fue desarraigado y arrojado al suelo. Permaneció allí una semana entera antes de que lo retiraran. Juanito solía ir todos los días y se sentaba sobre las ramas en lugar de debajo de ellas. Le habría gustado enterrar a los pequeños jilgueritos bebés, pero no podía alcanzarlos porque había demasiadas ramas en medio. Después de un tiempo, notó que el papá jilguero y su esposa dejaron de llamar a sus bebés y comenzaron a construir otro hogar en una enredadera espesa sobre una pared.

De repente, un día, el hermoso Espíritu del Aire se paró frente a él. Le sonrió algo tristemente y dijo:

—Bueno, hermanito, todos cometemos errores, ¿verdad? Así es como aprendemos nuestras lecciones. No tenía idea de que los salamandras iban a pelear tan fuerte, y eso hizo que nosotras las sílfides nos ofendiéramos tanto que soplamos y soplamos con todas nuestras fuerzas. Las ondinas también se excedieron y empaparon la tierra. Así que, en lugar de ayudar a nuestra amiga el abeto, solo empeoramos las cosas, la matamos; ella no pudo soportarlo. Pero, ¡oh! Seré muy cuidadosa después de esto.

—Quizás ya le había llegado el momento a tu amiga el abeto de morir —dijo Juanito—. Sabes que ella sentía que algo terrible iba a suceder. Recuerdas cómo advirtió a los jilgueros que no construyeran su nido entre sus ramas. Creo que ella quería irse; parecía pensar que ya había hecho todo el servicio amoroso que vino a hacer.

—Puede que sea así, Juanito, pero he aprendido una lección, y nunca volveré a cometer el mismo error. No debería haber perdido los estribos con los salamandras —dijo el Espíritu del Aire.

—Pero mira qué pronto han olvidado los jilgueros a sus bebés —dijo Juanito.

—¿No sabes por qué? —preguntó el Espíritu del Aire.

—No; por favor, dímelo.

—Es porque la mamá jilguero espera más bebés, y he oído que son los mismos bebés que vuelven con los mismos papás. Verás, murieron demasiado pronto.

—¡Oh, qué bonito! No me extraña que parezcan felices otra vez. Me gustaría mucho volver a encontrarte —dijo Juanito.

—Estoy segura de que sí —dijo el Espíritu del Aire—. Nosotras las sílfides nunca estamos lejos de niños como tú, que siempre están tratando de hacer algo bueno por los demás.

Juanito continuó: —Mamá dijo que la tormenta causó muchos daños, las alcantarillas se obstruyeron y el agua entró en las casas y tiendas de la gente y arruinó muchísimas cosas. Fue muy duro para la gente pobre que no tenía mucho dinero.

—¡Dios mío! —dijo el Espíritu del Aire—. Ciertamente contaré todo lo que me has dicho a nuestra sílfide principal en nuestra próxima reunión, y te prometo que tendremos mucho cuidado de que no vuelva a suceder.

—Y yo —dijo Juanito— he tomado una decisión: siempre escucharé a los mayores que yo, y no haré como hicieron los jilgueros, que construyeron su nido en el abeto y perdieron su hogar y su familia.

Mientras hablaban, los jardineros llegaron con grandes hachas para cortar las ramas del abeto antes de retirarlo. Fue demasiado para el Espíritu del Aire ver el cuerpo de su amiga hecho pedazos, y las lágrimas le llegaron a los ojos. Se despidió de Juanito y le prometió que lo vería nuevamente pronto. Luego agitó su varita sobre él y voló.